

tencia y honradez del autor, puede ser recomendado como una historia simplificada de esos agitados tiempos.—I. BERKWOOD HOBSBAWN.

<https://doi.org/10.29393/At223-238POAD10238>

POEMAS, por *Amado Nervo*. Editorial Espasa. Calpe Argentina. S. A.

En el lapso comprendido entre 1894 y 1901, vale decir en los siete años que encarnaron la marea que condujo las últimas aguas del siglo XIX, escribió Amado Nervo, estos poemas.

En aquel entonces, el Simbolismo ya había cerrado su ciclo y en lo que concierne a la poesía hispana, sólo Campoamor y José Zorrilla, lograron dejar una estatua aparte.

En América, Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Julián del Casal, Rubén Darío, y si hurgamos con ojos retrospectivos, José Asunción Silva, laboran en aquella misma época tan difícil de precisar en un mapa espiritual.

La escuela naturalista de Zola, ejerció una influencia muy pequeña en la poesía sudamericana, con la sola excepción de la obra de Carlos Pezoa Véliz, de tan cimera valía y escaso volumen, en lo que concierne al número de composiciones escritas, debido a la prematura muerte de este creador, el año 1908.

Amado Nervo, sin voz muy definida, que participa de la multiplicidad de este caleidoscopio finesecular, aparece, en el libro que ahora comentamos, con muchos de los elementos que con el tiempo van a ser ya definitivos en su grande y simultáneamente pequeña arte poética.

Las únicas concesiones al naturalismo en este volumen, son los hermosos sonetos intitulados «Andrógino» y «Después». En el primero de ellos, exclama:

«Por ti, por ti, clamaba cuando surgiste,
infernál arquetipo, del hondo Erebo,
con tus neutros encantos, tu faz de efebo,
tus senos pectorales, y a mí viniste.

Sombra y luz, yema y pólen a un tiempo fuiste,
despertando en las almas el crimen nuevo,
ya con virilidades de dios mancebo,
ya con mustios halagos de mujer triste.

Yo te amé porque, a trueque de ingenuas gracias,
tenías las supremas aristocracias;
sangre azul, alma huraña, vientre infecundo:

porque sabías mucho y amabas poco,
y eras síntesis rara de un siglo loco
y floración malsana de un viejo mundo».

Aun al verificar con tanto acierto este sensual y ambiguo tema, nos manifiesta en los tercetos algo que irá siempre con él, uno de los fundamentales motivos de su retablo lírico: el amor, lo galante, la aristocrática hurañez. Por ello, su poesía es lo más sano, lo menos endeble de una alta burguesía desprovista de ideales prácticos y ya minada por un egoísmo sordo, individualista, que no tuvo, como es obvio, ninguna compensación en una verídica confraternidad cristiana.

Así debió el poeta sentir planteada su vida, su mensaje, su misión, por el contenido semi-místico que, a todo trance, llevó a su poesía. En el volumen sobre el cual ahora escribimos, este aspecto se concreta en el capítulo intitulado: «La Hermana Agua», que lleva el siguiente epígrafe de San Francisco de Asís: «Hermana Agua, alabemos al Señor».

Pero el poeta no era sino una molécula atraída por cien imanes simultáneamente convergentes y divergentes. Suceso

que, en último término, acaece a todo escritor, pero que en Amado Nervo, asumió una inestabilidad en exceso visible.

La sencillez rigurosa y escueta, la sencillez que es grata por la porción de absoluto que hay en ella, la sencillez a menudo enemiga de los grandes estilos y sedante estético muy cabal, ya tiene en estos versos de mocedad de Nervo, un hito señalado y de plenitud:

«Ya llegaron las cigüeñas a Estrasburgo. No te admires si las ves sobre una pierna meditando silenciosas, enigmáticas y enjutas cual colegio de fakires.

Rumian todo lo que saben: Babilonia, Menfis, Helos...

Champolion habló con ellas; son los pájaros abuelos,

y están triste porque han visto tantas cosas... tantas cosas!»

Mas oídle cuando mira hacia México, hacia su propia tierra, en el año 1896. Estas palabras tuyas parecen una especie de complemento a las «tantas cosas vistas» por las cigüeñas:

«Triunfa Spencer, muere Aquino; cae un mundo, un mundo
[brota...

¡Todo es vida y esperanza! Sólo el indio trota, trota con el fardo a las espaldas y la frente en las tinieblas!»

He aquí un testimonio de su pensamiento sobre la servidumbre humana y de cómo los poetas que parecen más ajenos a los poemas que conciernen a la dignidad del hombre, siempre han estado abiertos a la superación económica y social del indio americano.

Hay algunas figuras literarias, en especial cierto audaz uso de la prosopopeya relativa al paisaje, de nítida genealogía franciscana, en que el poeta aparece en este libro como el hito de influencias, de sugerencias literarias sobre poetas posteriores, o bien, quizá, el mero punto de coincidencias. He aquí dos ejemplos:

«¡Tin tin, tin tin! Yo caigo del cielo, en insensato redoble al campo y todos los céspedes maltrato.
¡Tin tin! Muy buenas tardes, mi hermana la pradera!»

(Amado Nervo, «El Granizo»).

«Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor paisaje!
¡Es usted tan potente! ¡Y es usted tan salvaje!»

(Pezoa Véliz, «Fecundidad»).

«Azul azul allí en la boca del lobo
Azul Señor Cielo que se aleja
Qué dice usted hacia dónde irá.

Ah el hermoso brazo azul azul
Dad el brazo a la Señora Nube
Si tenéis miedo del lobo
El lobo de la boca azul azul
Del diente largo largo
Para devorar a la abuela naturaleza».

(Vicente Huidobro «Naturaleza Viva»).

Al buen gusto, a la crítica sagaz que consagra a los verdaderos poetas, en América del Sur, se le llama «el Tiempo». Este Tiempo, a menudo en antologías de mera buena voluntad se ha encargado de destacar algunos de los poemas más sobresalientes de este libro, verbigracia: «La-Haut...»; «La Hermana Melancolía»; «Les oiseaux s'envolent et les fleurs tombent»; «Las cigüeñas»; «Lubricidades Tristes»; «Galardón»; «El Viejo Sátiro»; «El Nuevo Rito», I y II; y finalmente «El Amado», de «Las Nupcias».

En suma, Amado Nervo aparece con las características que ya van a ser las suyas a perpetuidad. Como un poeta menor, de índole apolínea (si tomamos en cuenta la clasificación de Nietzsche, en arte dionisiaco y apolíneo); aparece, además, como un galante y panteísta explorador de su ser, mas no conquistador de un estilo, de un ámbito literario de índole objetiva, externa. Un gran poeta menor como Nervo, no puede aspirar a ser jefe de escuela y no lo fué.

Un gran estilo lírico es síntesis de lo subjetivo en gran congruencia o confrontación con lo cósmico y con la historia. Amado Nervo es una leve o débil confrontación de sí mismo consigo mismo. Poesía interior que en sus facetas más pequeñas, no es sino simple poesía rosa.

Debido a que «el Tiempo» —lo subrayamos a modo de corolario—, ente abstracto por excelencia, es en América del Sur el crítico y el exégeta (a falta de éstos) en asuntos de poesía, cuando el poeta no proyecta su obra desde Nueva York, Madrid o Ciudad de México, no nos ha causado extrañeza el hecho que la colección «Austral» de Espasa-Calpe, esté abierta para Nervo y aun cerrada para los maestros contemporáneos de la poesía sudamericana: Pezoa Véliz, Vicente Huidobro, Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, José María Eguren, César Vallejo, Sabat Ercasty, César Moro, Pablo Neruda, Enrique Banchs, etc., que no se sabe cuántos siglos habrán de esperar para que «el Tiempo», haga posible la edición popular, en noble escala, de sus mejores poemas.

Finalmente, esta salvedad no involucra la afirmación que sea un esfuerzo editorial innecesario e inútil, el hecho de haber dado nuevamente a la luz pública esta obra intitulada «Poemas» de Amado Nervo.—ANTONIO DE UNDURRAGA.



LA SANGRE Y LA ESPERANZA, (Orbe), por *Nicomedes Guzmán*

No podemos enjuiciar esta notable novela del arrabal san-